

# Pablo Rieznik, ciencia y socialismo

Luis García Fanlo

Con motivo de la conmemoración del centenario del fallecimiento de Federico Engels la revista “En Defensa del Marxismo” publicó en 1995 un texto de Pablo Rieznik titulado “Ciencia y socialismo” que excede en su contenido la mera referencia al acontecimiento para abordar polémicamente –como solo Pablo podía y sabía hacerlo- el significado, los significantes y las significaciones del enunciado que postula el marxismo como “la ciencia y práctica de la revolución social”. No se trata de un texto aislado sino de una de las facetas más interesantes y, a la vez, menos conocidas, del pensamiento y la producción intelectual de Pablo y que puede rastrearse en sus libros y en los debates y polémicas en los que siempre estaba convocado para abordar la problematización marxista de cuestiones como la ciencia, los científicos, el desarrollo tecnológico y la investigación científica en el marco de la sociedad capitalista y sus usos futuros en una sociedad socialista.

La cuestión de los intelectuales, de las relaciones entre ciencias naturales y sociales, y el vínculo entre éstos y éstas con la revolución socialista también los abordó criticando las perspectivas positivistas, funcionalistas y posmodernas, siempre tomando a Marx como modelo o paradigma para todo análisis y era uno de sus temas académico-políticos fundamentales además, claro está, de su dedicación experta en cuestiones económicas.

Gran conocedor del método marxista expuesto en *El Capital*, Pablo sabía como investigar y como exponer sus investigaciones y sus ideas en un lenguaje académico que se combinaba con un estilo ideológico-cultural polémico y trasgresor que atravesaba sus textos científicos, sus intervenciones en asambleas universitarias y partidarias y también, por supuesto, sus clases de Economía. Manejaba la ironía y sabía hacer las pausas

necesarias para producir giros argumentales que descolocaban a propios y extraños y también sabía cuando y hasta donde se podía avanzar y cuando había que ceder y recomponer en una polémica.

En “Ciencia y socialismo” (1995) las relaciones polémicas entre Engels, Marx y Darwin le permiten avanzar en el tema central de ese extenso texto: las relaciones entre ciencia y revolución y entre ciencia a secas y el marxismo como ciencia. Y en esa empresa nuestro querido Pablo polemiza con Ernesto Laclau e indirectamente con las corrientes posmodernistas y posestructuralistas, así como con la nueva física emancipadora de Ilya Prigogine o los científicos sociales que le critican al marxismo su visión totalizadora y su afección por el conocimiento verdadero. También encara con decisión contra los argumentos humanistas y estructuralistas tanto como positivistas.

En ese contexto criticará los planteos de Holloway y en consecuencia toda división “premarxista” entre lo objetivo y lo subjetivo: “Como si el hombre no fuera objeto, naturaleza y como si la naturaleza y el hombre como tal no fueran, en su interacción, el sujeto mismo de la civilización. Toda la ciencia del marxismo tiene este punto de partida que tan bellamente elaboraran Marx y Engels en su juventud y que encabeza las célebres “Tesis sobre Feuerbach”, escritas como apuntes por el primero y editadas por el segundo” (Rieznik, 1995).

El marxismo, para Pablo, no es mecanicista, ni newtoniano, ni positivista, ni apela a una verdad universal y dada de una vez y para siempre, ni tampoco es una ciencia en sentido figurado ni una apelación al desarrollo tecnológico como única variable para entender y producir la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista:

“En consecuencia el concepto de ciencia “positiva” del marxismo es completamente ajeno a la filosofía positivista, en el sentido de una supremacía de la ciencia concebida de un modo abstracto, no histórico ni social e, indudablemente, ajeno al movimiento obrero y a la lucha de clases. En este punto el positivismo y sus “alrededores” conciben la ciencia al modo “feuerbachiano”. El marxismo, en cambio, concibe la actividad revolucionaria práctica como la realización indispensable de una parte de la ciencia, que se abre paso “humanamente” en la propia revolución social. Una ciencia que se consume en la dictadura del proletariado, es decir, en la condición práctica -una vez más- para la abolición del dominio del capital y para abrir paso a una sociedad verdaderamente humana, donde no exista ya la explotación del hombre por el hombre, donde se acaba con el “reino de la necesidad para pasar al reino de la libertad” (Rieznik, 1995).

Y esa convicción es la que lleva a Pablo a poner en evidencia la crítica de la supuesta frontera que dividiría a la ciencia de la política y a los científicos de las consecuencias de sus actos en una sociedad de clases como la capitalista. Así en “La máquina de Dios”, un texto escrito en coautoría con Andrés Rieznik y publicado en septiembre de 2008, queda claro que:

“el quehacer científico no puede escapar a los límites de sus circunstancias. Los que participan de la investigación del fascinante mundo subatómico, como los académicos de la más diversas especies, no viven en el limbo y sus grupos y corporaciones están recorridos por numerosos intereses asociados a los más diversos menesteres del capital, insumos carísimos vinculados a diversas “patrias contratistas” licencias, negocios varios, patentes, etc. ¡Si hasta el material genético está siendo patentado como “propiedad privada”! La investigación de punta, además, nunca es ciencia “pura”, porque es normalmente “affaire” de los servicios, se encuentra bajo el dominio del área de “defensa” y está normalmente pensada en términos militares o de competencia capitalista” (Rieznik, 2008).

Y aún más incisivamente:

“La producción de conocimiento científico, en consecuencia, está regida por las leyes del movimiento del capital. El control que tiene el científico sobre su trabajo individual es la contracara de un trabajo social que no controla. Esta contradicción cobra la forma propia de todos los trabajos en el modo de producción capitalista. Si por una parte los trabajadores son libres y disponen de su voluntad para vender su fuerza de trabajo, por otra no tienen los medios de producción y, a medida que el capitalismo avanza, cada vez controlan menos directamente el proceso social de su propio trabajo, con el cual sólo se relacionan a través del intercambio de mercancías. Quien usa esa fuerza de trabajo en la producción es el que tiene los medios de producción científica. La ciencia en el proceso de producción funciona como fuerza productiva directa o indirecta al potenciar la productividad del trabajo. Está sí cristalizada en máquinas que acortan el tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo o en tecnologías de coacción y dirección del proceso laboral” (Rieznik, 2005).

La barbarie capitalista, entonces, no niega sino que supone el desarrollo científico y tecnológico si éste continúa bajo el comando de la burguesía y el capitalismo:

“Las estadísticas oficiales hablan de que en el planeta Tierra hay 33 por ciento de seres humanos que pasan hambre. Si las cosas siguen así tal vez se produzca una transformación biológica y ellos se van a convertir en una subespecie con características peculiares. Esto ya está sucediendo en algunos países del mundo. Porque de tanta desnutrición, maldad, opresión y explotación, cuando uno es chiquito, si no lo estimulan, si no come, y sobrevive, el cerebro se atrofia, la estatura no puede pasar de cierto límite y el individuo se transforma en una suerte de animal que llamamos “humano” por su analogía morfológica con otros seres que son auténticamente humanos, pero que ya no es totalmente humano. Y al mismo tiempo que sucede esto, en el mundo “sobra” de todo en materia de capacidad productiva.. Sobreproducción y miseria social: polos de una contradicción que provocan asombro y uno de los grandes temas que reclaman la indagación científica. Tan significativa es la cuestión que incluso se encuentra en el límite, como veremos, de lo que la economía clásica o convencional puede explicar” (Rieznik, 2003).

Recuerdo un período en que nos veíamos con Pablo todas las semanas, en el clásico café de la esquina de la Facultad de Ciencias Sociales, “La Cigüeña”, una de sus “oficinas móviles” para reuniones de todo tipo, para conversar y polemizar sobre todos estos temas, y también sobre compromisos militantes intermitentes de mi parte y sobre campañas financieras y discusión de la prensa obrera. Digo esto porque para Pablo no había reuniones importantes y de las otras, era un cuadro revolucionario para quien todos los que entrábamos dentro de su radar éramos importantes y algo teníamos para aportar a la causa de la emancipación.

Y en esas charlas que habrán durado un par de meses, no recuerdo bien, es que descubrí que era un gran tipo, cabrón pero también afectuoso y gracioso, con una inquebrantable fe en la vida y en la emancipación social.

Tuve el honor de compartir con Pablo lo que fue la gran lucha por la elección directa en la carrera de Sociología de la UBA (2002-2003) así como el reconocimiento de su parte al convocarme para formar parte del comité académico de Hic Rodhus, y de sus proyectos de investigación UBACYT.

Aprendí mucho de Pablo Rieznik y sigo aprendiendo.

Hasta siempre, querido Pablo.

## Referencias bibliográficas

Rieznik, Pablo y Rieznik, Andrés (2008) "La máquina de Dios", en *Nodo 50*,  
[http://www.nodo50.org/ciencia\\_popular/articulos/Rieznik3.htm](http://www.nodo50.org/ciencia_popular/articulos/Rieznik3.htm)

Rieznik, Pablo (2005) *El mundo no empezó en el 4004 antes de Cristo. Marx, Darwin y la ciencia moderna*, Buenos Aires: Biblos.

Rieznik, Pablo (2003) *Las formas del trabajo y la historia. Una introducción al estudio de la economía política*, Buenos Aires: Biblos.

Rieznik, Pablo (1995) "Ciencia y socialismo", en *Nodo 50*,  
[http://www.nodo50.org/ciencia\\_popular/articulos/Rieznik2.htm](http://www.nodo50.org/ciencia_popular/articulos/Rieznik2.htm)